

Emeterio Valverde
PREMIERO



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

HISTORIA

GENERAL

DE LA IGLESIA.

CAPITULO PRIMERO.

SUMARIO.

1. Enlace del cristianismo con lo pasado.— 2. Plenitud de los tiempos. Estado religioso y moral del mundo al advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo.— 3. Los primeros treinta años de la vida de Nuestro Señor Jesucristo.— 4. Vida pública de Jesucristo, nuestro Señor.— 5. Doctrina del Salvador; institucion de los sacramentos.— 6. Fundacion de la Iglesia.— 7. Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en la cruz.— 8. Ascension de Cristo, nuestro Señor.

1. El establecimiento del cristianismo, que ha separado en dos la historia de los tiempos, no ha sido un hecho aislado ni sin relacion con lo pasado: los cuarenta siglos que le precedieron son como una inmensa avenida; porque, como dice san Agustin, « la caída del Adan terrestre llamaba al celestial » Adan, redentor del primero. » La promesa de un Salvador, hecha en el umbral del jardin de delicias, quedó grabada en el espíritu de nuestros primeros padres cual esperanza en su destierro, perpetuándose su recuerdo en el corazon de todas las generaciones. Dios la renueva á los Patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob se la transmiten con el privilegio de ver nacer de su raza el esperado Mesías. Constitúyese un pueblo, único fenómeno en la historia, con la mision exclusiva de guardar el depósito de las tradiciones, el Testamento de la alianza entre Dios y la humanidad. Este pueblo, encerrado en los

estrechos límites de la Judea, sin brillo, sin el prestigio de las conquistas, sobrevive solo á todas las vicisitudes de los imperios. Egipcios, Asirios, Medos, Persas, Griegos y Romanos se van sucediendo en torno de él, van pasando y cayendo cada cual á su vez, quedando solo él en pié. Sesostris, Nabucodonosor, Ciro, Alejandro, César, imponen silencio al mundo al ruido de sus victorias: el pueblo judío, tan pronto protegido como cautivo de todos estos conquistadores, resiste á su opresion, se somete á su yugo, sin que haya sido alterada en lo sustancial su constitucion, ni sin que su sangre se mezcle con la de razas extrañas, y en fin sin que desaparezca jamás de la faz del globo, como han desaparecido tantas nacionalidades secundarias, vencidas. Recorren sucesivamente la tierra, bajo la bandera de los grandes conquistadores del mundo, errores los mas diversos, cultos variadísimos, creencias á cual mas absurda y contradictoria. Siguen sus religiones la suerte de sus imperios. Anubis es destronado por Mithra, que es el *Zeus* de los Griegos, el Júpiter de los Romanos. Solo el pueblo judío no ofrece un solo ejemplo de variacion en su fe: lleva consigo un libro dictado á Moisés muchos siglos antes de la época asignada por los Griegos á la invencion de la escritura. Este libro encierra una legislacion, un ceremonial, un código religioso, civil y militar: leyes, ritos, ceremonias, subsisten en la misma forma desde la época del Sinaí hasta la de César. Una esperanza, una figura, una aspiracion sola, dominan en toda su historia: la esperanza del Redentor; la figura del Mesías, representada por los patriarcas y justos del antiguo Testamento; la aspiracion hácia este Cristo prometido, hijo de David, de Abraham, rey y pontífice, cuyo reinado no ha de tener fin. Cualquiera que sea el punto de vista que se escoja para formar juicio de este hecho sublime, de un pueblo el mas oscuro, el menos poderoso de entre los demás, y que, en medio del trastorno de todas las naciones, nos ofrece el espectáculo de una perpetua duracion, es forzoso reconocer en ello una maravilla histórica sin antecedente y sin imitacion. Poetas tales como Homero y

Hesíodo, hombres de ingenio superior como Sócrates; Platon ó Aristóteles, apasionan en favor suyo el resto del mundo por sus teogonias ó sistemas filosóficos; mas el pueblo judío se queda fuera de esas escuelas, cuyo eco resonaba hasta los límites de la tierra. Ve levantarse altares y hacerse víctimas á todos los ídolos; desprecia la voz de los sabios de la Grecia: sus sacrificios son para *Jehovah*; sus maestros, sus doctores son los profetas desde Moisés hasta Malaquias, pasando por David, Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y otros, que todos van describiendo y figurando alguna imagen del Mesías esperado, añadiendo cada cual algunos rasgos á su historia anticipada, revelando de un modo mas preciso la fecha cierta de su advenimiento. La única y exclusiva preocupacion de este pueblo es la venida de un Salvador que está obligado á indicar al mundo. ¡Cosa maravillosa! Esta necesidad de un Salvador domina, sin apercibirse de ello, todas las religiones de la antigüedad: porque en efecto, en todas se encuentra el sacrificio humano, como si todos los pueblos hubiesen sentido la necesidad que tenian de *redimirse*; pero veian muy bien que no podian bastarse á su rescate. Cuando no se derramaba sangre humana, inundaba los templos la de toros ó becerros; se estableció una libacion de sangre perpetua que tomó su origen en la idea confusa de una expiacion, de un rescate religioso. La antigua civilizacion se cimentó sobre dos principios que dimanaban de esa misma idea: la inferioridad de la mujer y la esclavitud reducida á derecho comun. Fuera imposible explicar la condicion de envilecimiento de la primera sin recurrir á la historia de la original decadencia tal como la cuenta Moisés. La esclavitud, subsistiendo sin oposicion durante cuarenta siglos, implica el principio de *solidaridad* que dimanaba de la idea de una expiacion religiosa. Solo el pueblo judío tenia la clave de estos enigmas, en cuyo torno se agitaba la vida de las antiguas naciones paganas: solo él tenia el secreto de sus vagas esperanzas, de aquellas aspiraciones hácia un comun Libertador, hácia un siglo de oro, tan decantadas por Virgilio y que agitaban misteriosamente el Oriente y Occidente.

2. Jesucristo, el Mesías, había de descender á la tierra, dice san Pablo, cuando fuera llegada la plenitud de los tiempos : *Ubi venit plenitudo temporis*. La época de Augusto parecía realizar esta plenitud de los tiempos para la civilización antigua ; porque el imperio romano, llegado al apogeo de su poder, tenía por límites : al norte, el Rhin y el Danubio ; al oriente, el Eufrates ; al mediodía, el alto Egipto, los desiertos del África y el Atlas ; al occidente, los mares de España y de las Galias ; es decir, cerca de las tres cuartas partes del mundo habitado. El imperio de Alejandro se había acercado algo á esta inmensa extensión ; pero el conquistador macedonio, espirando en Babilonia, podía, desde su lecho de muerte, entrever el desmembramiento de su imperio ; las nacionalidades, por un momento reunidas bajo su victoriosa mano, se reconstituyeron así que fué rota su espada. Los Romanos, al contrario, no habían subido tan rápidamente á la dominación universal ; pero una vez arribados á ella, el mundo entero se hallaba amoldado á su sistema, á su yugo : sus peones habían abierto caminos que partiendo de la ciudad eterna llegaban hasta las extremidades de la tierra ; se había adoptado su lengua como sello de esclavitud por todos los vencidos ; y el mundo fué romano por siglos. — Bajo la influencia de un estado político tan resplandeciente y duradero, el vuelo de la inteligencia humana se había remontado hasta la perfección del siglo de Pericles, cuyo brillo reprodujo el de Augusto. Las artes, ciencias y literatura se daban la mano para hacer brotar de concierto sus maravillas. Acusaba por otra parte muy elocuentemente la reunión de todas estas ventajas la impotencia del género humano para regenerarse á sí propio, y hacía ver la necesidad de un Redentor divino. Y en efecto, el estado religioso y moral del mundo ofrecía el espectáculo más degradante por una progresión en sentido inverso. Los dioses de piedra y de leña se habían revestido de todas las formas imaginables : animales, legumbres de huertos, todo, todo había tenido sus altares, y se llegó á no tener más divinidad real que la sensualidad y el vicio grosero : no podían

mirarse dos agoreros sin reírse uno de otro ; la familia solo existía de nombre, y los emperadores se veían obligados á hacer leyes para que el género humano no se extinguiese por un infame celibato : era derecho común la esclavitud, y la primera esclava era la mujer. El divorcio legal, la prostitución legalizada, la exposición de niños recién nacidos, el asesinato autorizado en los juegos públicos y en la familia, la arbitrariedad en el suplicio de los condenados á muerte, eran otros tantos signos característicos de una profunda degradación, irremediable en lo humano ; solo podía regenerar al mundo el Mesías esperado por los Judíos. Para este Conquistador pacífico abrían sin apercibirse de ello caminos al través de todas las naciones conocidas los esclavos romanos : y si todos los pueblos olvidaban su idioma y hablaban el de Roma, destinado á ser más tarde el lenguaje de la Iglesia, era para poder entender la buena nueva del Evangelio.

3. En el duodécimo consulado de Augusto, el año 750 de la fundación de Roma, el arcángel Gabriel fué enviado á Nazareth, pequeña ciudad de la Judea, á una doncella, á una tierna vírgen llamada María, de la tribu de Judá, de la familia de David ; anunciándole que por obra del Espíritu Santo y de un modo sobrenatural daría á luz al Hijo de David, al Cristo, al Hijo de Dios, al Mesías cuyo reinado no había de tener fin. Nueve meses después, « se publicó un edicto de » César Augusto para hacer el empadronamiento de todos los » habitantes de la tierra. » María vino con José, su esposo, á hacerse alistar en Belén, ciudad de David. « Como fuese » llegado el tiempo, dió á luz en un establo á su primogénito, » y envuelto en pañales le puso en un pesebre, porque no » había lugar para ellos en la hospedería. » Varios pastores vinieron los primeros á reconocer á Jesucristo como rey del mundo, que nacía de un modo tan extraordinario. Ciertos Magos del Oriente, amonestados por una estrella milagrosa, llegaron á su vez y depositaron al pié de este Niño, que era Dios, el tributo ofrecido á la majestad real, á la humanidad y á la divinidad : el oro, la mirra y el incienso. Cumpliéronse

pues en torno del pesebre las ceremonias legales. María, virgen antes, durante, y despues del parto, cumplió con los ritos de su purificacion como las Judías ordinarias: el Dios Redentor, presentado en el templo que debia ser reemplazado por el templo de su Iglesia universal é inmortal, fué rescatado de manos del sumo Sacerdote por precio de dos palomas. Sin embargo, el Hijo de Dios no podia descender al mundo sin turbar las potencias del siglo: Herodes, rey de la Judea por los Romanos, creyó amenazado su trono por el advenimiento del Rey del cielo; y ordenó la matanza general de todos los niños de Belen y sus alrededores, « desde dos años » abajo. » María y José se llevaron al Niño á Egipto, de donde Dios le llamó despues de la muerte de Herodes. El Evangelio guarda misterioso silencio acerca de los primeros años de Jesús: á los doce, aparece en Jerusalem en medio del templo entre los doctores admirados de su ciencia: vuelve á entrar en la oscuridad, « creciendo en edad, ciencia » y gracia, » ayudando, segun la tradicion, á su padre adoptivo en el trabajo de su oficio de carpintero. — En el año décimoquinto del reinado de Tiberio, las orillas del Jordan vieron bajar del desierto un hombre vestido de piel de camello, que no comia ni bebia con los otros hombres, cuya vida era austera y mortificada, cuyas palabras predicaban penitencia, y que se llamaba á sí mismo « la voz del Señor en » cargada de anunciar el advenimiento del Cordero de Dios. » Este era Juan, hijo de Isabel y Zacarías, cuyo nacimiento habia sido tambien anunciado por un ángel, y que en el seno mismo de su madre habia dado saltos de gozo á la vista de la Virgen María. El pueblo corria en tropel á los piés de Juan y le pedia el bautismo de la penitencia; pero no daba á su ministerio sino un carácter transitorio, y mandaba ir á los Judíos « al que le era tan superior que él no se creia digno » de desatarle las correas de sus sandalias, » segun se explicaba con sublime humildad. Jesús vino á buscar á su precursor pidiéndole el bautismo en las aguas del Jordan. Oyóse á la sazón una voz del cielo que decia: « Este es mi Hijo muy

» amado, en quien tengo todas mis complacencias. » El Espíritu Santo, descendiendo sobre su cabeza en forma de paloma, acabó de manifestar la Trinidad entera por la voz del Padre, la presencia del Hijo de Dios y la figura mística simbolizando y designando el Espíritu Santo. « En adelante, dijo Juan, es » menester que Jesús crezca y que yo disminuya: » anonadándose así el Precursor ante su Maestro. Mas tarde tuvo la gloria de ser mártir, y murió á sugerencias de una lasciva mujer por haber reprendido á Herodes su vida monstruosa.

4. Aquí da principio la vida de Jesucristo y su mision en el mundo, inaugurada en cierto modo por el bautismo de Juan. Al modo que Moisés en el Sinai, Jesús se retira cuarenta dias en el desierto y lucha victoriosamente contra el principio del mal; para que en un todo semejante á sus hermanos, pudiese decir el Apóstol « que habia pasado por todas nuestras tentaciones. » Para hacer palpable la diferencia entre su soberanía espiritual y la de este mundo, manifiesta desde luego Cristo su poderío con milagros; y así en las bodas de Caná, que se dignó honrar con su presencia para santificar la humanidad en el matrimonio, su fuente, se le vió cambiar el agua en vino. Desde entonces cada paso suyo fué sellado con prodigios. Obedecen y ceden á su voz todas las enfermedades, todos los achaques y padecimientos: resucita á la voz del Dios autor de la vida la hija de Jair, yacente en su lecho de muerte; los ciegos recobran su vista, y son librados de la obsesion los poseidos del demonio. Queda curado en dia de sábado un paralítico de treinta años; y cura Jesús además al leproso, al siervo del centurion. Encuentra estando de viaje en un camino á la viuda de Naim, que conducia los despojos de su hijo muerto; acércase al ataud, manda, y la muerte vuelve á la madre su hijo muerto. — Obedécenle los elementos, cálmense á su orden los vientos y tempestades; marcha sobre las olas y hace marchar junto á sí al apóstol Pedro: imagen viva de la Iglesia católica, cuyo primer pontífice habia de ser un dia, y la cual no se verá jamás sumergida por las ondas. Cura de su flujo de sangre á una mujer con solo tocar esta